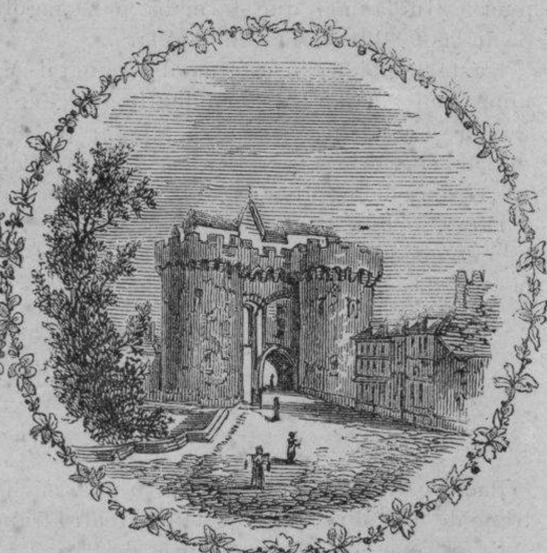


El Periódico ilustrado.



CHARTRES.



Año II.—Número 62.

DEL 24 DE JUNIO AL 1.º DE JULIO DE 1866.

SUMARIO.—D. Casto Mendez Nuñez, jefe de la escuadra del Pacífico.—Chartres.—Revista de la semana, por Palacio.—Los claveles rojos, por Ladevese.—Estudios históricos: D. Luis de Escobedo, por Belza.—El drama de la vida, por P. F. Reymundo.—El cuadrilátero Austriaco.—El rey de los gitanos, por Belza.—Los ojos pardos, por P. M. Barrera.—Un episodio de la guerra del Paraguay.—A mi madre.]

LÁMINAS: Chartres.—D. Casto Mendez Nuñez, jefe de la escuadra del Pacífico.—La verbena de San Juan.—El cuadrilátero austriaco.—Combate de una Chata del Paraguay contra la escuadra acorazada brasileña.



CALENDARIO DE LA SEMANA.

D. 24 San Juan Bautista.
 I 25 Santa Orosia.
 M 26 Sts. Juan y Pablo.
 M 27 San Zoilo.
 J 28 San Leon II.
 V 29 Sts. Pedro y Pablo.
 S 30 San Pablo Apóstol.

ADMINISTRACION, PASAJE DE MATHEU, 6.

EL PERIODICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

SUSCRICION: Un año. Seis meses. UN NÚMERO
 Madrid. 24 rs. 12 rs. MADRID..... 4 cs.
 Provincias. 28 » 14 » PROVINCIAS. 3 id.
 Ultramar. 80 » 50 »

D. CASTO MENDEZ NUÑEZ,

JEFE DE LA ESCUADRA DEL PACÍFICO.

Como ofrecimos en nuestro número anterior, publicamos hoy el retrato del valiente marino Sr. Mendez Nuñez.

Los pormenores que hemos publicado ya sobre el combate del Callao, nos escusan cuantos comentarios pudiéramos hacer sobre su último y brillante hecho de armas; y en cuanto á su persona, diremos sólo lo que todo el mundo sabe, que nació en Vigo, y tiene unos 44 años de edad.

Capitan de fragata por antigüedad, y encargado del mando del vapor *Narvaez*, fué ascendido á capitan de navío cuando la guerra de Mindanao, por haberse lanzado con su buque sobre una de las baterías de la costa; y debe su ascenso de brigadier al viaje feliz que hizo con la *Numanzia* al Pacífico, y que los más espertos marinos juzgaban imposible, por ser el primer buque de coraza que atravesaba el Océano.

Hoy, su conducta en el Perú, le ha valido el nombramiento de general; al cual añadirá muy pronto un título de nobleza. Esto y más merece quien de tal modo sirve y honra á su patria.

CHARTRES.

La villa de Chartres es una de las más antiguas de Francia; su existencia data de muchos siglos ántes de Jesucristo.

Se atribuye su fundacion á una tribu de Kimris, apellidados Caruntes, los cuales profesaban la religion de los druidas, segun creen algunos historiadores, sin que haya datos para afirmarlo. Lo que se sabe es que los Caruntes, despues de una resistencia dudosa, fueron vencidos por las tropas de César, y que la villa recibió el nombre de *Autricum Caruntum*.

Más tarde se convirtió en condado particular de de los condes de Champagne. Habiendo venido á ser propiedad de la casa de Chatillon, el condado de Chartres fué vendido á Felipe el Hermoso, que le cedió á su hermano Carlos, conde de Valois. El hijo de este, Felipe VI, lo reunió en 1349 á la corona de Francia.

Francisco I erigió el condado de Chartres en ducado, por decreto de 31 de Julio de 1528, en favor de

la hija de Luis XII, esposa de Hércules de Este, y duquesa de Ferrara. Vuelto á la corona en 1628, el ducado de Chartres fué dado á los duques de Orleans, cuyos hijos primogénitos lo llevaron hasta 1830.

El obispado de Chartres se remonta al año 36 de nuestra era. Su catedral, edificada en el punto más elevado de la villa, domina magestuosamente todas las construcciones que le rodean. La fundacion de este edificio se debió en 1020 al obispo Fulbert, pero el fundador murió en el momento de terminarse los cimientos. Continuada por sus sucesores, esta obra gigantesca no estaba concluida aun cuando un incendio la destruyó casi entera. El clero y el pueblo de Chartres reunieron sus esfuerzos para reedificarla, y en el año 1260 la nueva iglesia fué consagrada por el obispo Pedro de Mincy.

Desde entonces, la Catedral de Chartres ocupa un lugar señalado en los anales de la cristianidad. Los reyes y las reinas de Francia han ido á ella en peregrinacion. En ella predicó San Bernardo la Cruzada en 1146, y en ella fué consagrado en 1594 Enrique IV por Nicolás de Thou.

Se encuentran reunidas en la fachada de este monumento, las formas arquitectónicas de los siglos XI, XII, XIII y XIV. En el XVIII, fué construido el gran altar. Representa una Asuncion, del escultor Bridan. La tumba es de jaspe egipcio, de una sola piedra, y el grupo de mármol blanco de Toscana. La aguja del campanario nuevo tiene cincuenta y seis metros más que la de Nuestra Señora de París.

Quando se quiera resumir en una Catedral todas las cualidades que exige una construccion semejante, se cita este proverbio muy conocido:

Campanario de Chartres, nave de Amiens, coro de Beauvais, portada de Reims.

La villa de Chartres encierra además otros monumentos dignos de ser visitados. Citaremos entre ellos las iglesias de San Pedro, San Martin y Nuestra Se



D. CASTO MENDEZ NUÑEZ,

JEFE DE LA ESCUADRA DEL PACÍFICO.

ñora de la Brèche; el hotel de Viile, la escalera llamada de la reina Berta, etc., etc.

Los dos edificios representados en nuestro grabado de cabecera, son: á la izquierda la iglesia de Saint Aignan, edificada en el siglo XVI, y á la derecha la puerta Guillaume, que formaba parte en otro tiempo de las fortificaciones de la villa.

Existe tambien la estatua del general Marceau, muerto en 1796 en la batalla de Altenkirchen, y cuyo nombre es justamente célebre, á pesar de haber terminado su gloriosa carrera á los 27 años. Dicha estatua es obra del escultor Preault.

Para concluir, la villa de Chartres es cabeza de partido en el departamento de Eure et Loire, y su poblacion es de cerca de 20.000 habitantes.

REVISTA DE LA SEMANA.

Hace cuatro ó seis años asistia yo una noche al estreno de una obra dramática en el Teatro francés.

Un estreno en el Teatro francés de París, es un verdadero acontecimiento, de que el forastero puede muy raras veces ser testigo, á ménos que le suceda lo que á mí, que tenga un escritor amigo bastante complacientemente para que le proporcione un billete.

Como es uso y costumbre en tales casos, los literatos de más nombradía ocupaban casi todas las localidades. Allí estaba Dumas, con su cabello ensortijado, y su espresion siempre burlona; allí Villemessant, el más alegre compañero de viaje que he conocido, y tambien el jugador más infatigable; allí Ponson de Terrail, el novelista á la moda, cuyas obras parecen no acabarse nunca, y no se acaban en efecto; allí mi estimado Carlos Iriarte, que solo para ir al teatro habia dejado su traje de *canotiere* del Sena; allí, en fin, los críticos más agudos al lado de los más graves académicos.

La butaca inmediata á la mia estaba ocupada por un caballero fino, delicado, impresionable, algo entrado ya en años, pero que no habia perdido ni la brillantez de la mirada, ni el encanto y dulzura de la voz; uno de esos ancianos en quienes se perpetúa la primavera de la edad, y cuya sonrisa permanece estereotipada en los labios aun despues de muertos. Notaba yo que la mayoría de la gente saludaba con respeto á aquel hombre; que las damas de muchos palcos le dirigian cariñosas miradas, que hasta los actores, al aparecer sobre la escena, se inclinaban delante de él; y sobre todo, que no le gustaba la comedia, en lo cual comprendia yo que tenia muy buen gusto.

Confieso que, más que el interés de la obra, me seducia el de averiguar quién era aquel simpático y amable personaje que la casualidad me habia deparado por vecino. Afortunadamente mi curiosidad duró poco. Apenas llegado el entreacto, me dirigí á mi amigo el escritor, y no tardé en ver realizado mi deseo.

Aquel anciano se llamaba Mery.

Mery, el autor de *Las Noches de Londres*, de *La Guerra del Nizan*, y de *Heva*; el más delicioso de los narradores franceses; el que ha presentado la India, como Fernandez y Gonzalez dice que presiente la historia griega; el que ha cantado á *Napoleon en Egipto*, y pronunciado en ocasiones solemnes tan bellas frases como esta, satirizando á la fotografia:

«Cuando Josué detuvo el sol, no fué para hacerle ejecutar retratos de familia, y exponerlo á la humillacion de los RETOQUES.»

Mery, por último, que acaba de morir en París á la edad de sesenta y ocho años.

Puede decirse que esta es la única novedad de la semana, novedad bien desagradable por cierto, como otras muchas que han ocurrido, y que quisiéramos apartar de la memoria.

Los Campos Eliseos han suspendido sus representaciones, y hay quien cree les será difícil reanudarlas. Lo sentiremos de todas veras, tanto por el público como por la empresa, que tantos esfuerzos ha hecho para complacerle.

Dijimos el otro dia, que teniamos en nuestro poder algunos libros nuevos, que analizariamos á la mayor brevedad. Como quiera que hoy no estemos de humor para análisis, nos contentaremos con anunciar estos libros, que se titulan:

Angela ó el Ramillete de Jazmines, novela original de la señora doña Faustina Saez de Melgar.

Más novelas, por D. Pedro A. de Alarcon.

Tamaris, segunda parte, por Jorge Sand.

Y la magnífica publicacion comenzada en Barcelona con el título de *Los Hijos del Trabajo*, que honra tanto á su autor el Sr. Attadill, como á los editores, que con tanto lujo y elegancia la dan á luz.

De todas estas obras, notables cada una en su género, volveremos á ocuparnos quizá, si Dios nos da calma y humor para ello, que de ambas cosas necesitamos hoy por hoy.

M. DEL PALACIO.

LOS CLAVELES ROJOS,

NOVELA ORIGINAL.

(Conclusion.)

XIV.

Los claveles.

Mientras todo esto pasaba, la pobre Zoraida derramaba copioso llanto.

En vano un dia y otro esperaba á Almanzor.... que jamás llegaba éste.

Siempre que algun hombre se acercaba á ella, se fingia que aquel era su amado; mas luego veia horrorizada, que aquel hombre era Ali-Hassem, que la perseguia por do quiera.

En el jardin, en casa, en todas partes.... Ali-Hassem era el fantasma que le acosaba....

Pasaron las primeras horas de la noche, y la jóven subió á su azotea á respirar la fresca y aromada brisa.

Las nubes se habian disipado por completo.

Las estrellas resplandecian claras y serenas.

Zoraida llevaba el cabello destrenzado....

Su faz pálida y llorosa....

A la luz de la luna veíanse brillar en sus ojos dos lágrimas.

¡Tanto habia ya llorado!....

Sobre aquella azotea rodeada de flores, á donde no llegaban las copas de los más frondosos árboles que la circundaban, parecia Zoraida la diosa de la noche, el ángel de la soledad....

Se dirigió á una orilla, y cogiendo una rosa comenzó distraida á deshojarla.

Los pétalos de la flor eran arrebatados por el aire.

Sólo el verde cáliz quedó entre las manos de la mora.

—Así volaron mis esperanzas.... así mis ilusiones murieron.... Volad, volad, únicas que alentais mi pecho.... ¿No sé que ya sólo me espera eterno llanto y eterna soledad?....

Así dijo viendo volar las hojas que el viento arrebatava.

Luego se sentó, y dejando caer la frente entre sus manos, hacia esfuerzos por ahogar los sollozos en que su pecho prorumpia.

Al poco tiempo esta cancion hendia los aires y llegaba á oídos de la jóven:

Mujer hechicera, ¿por qué tan ingrata,
por qué tan esquiva desprecias mi amor?....
Al ver tus desdenes la pena me mata,
y mi alma, en sus sombras encubre el dolor.
Llorando á tus rejias me encuentra la aurora;
llorando á tus rejias la noche, tambien....
¿Por qué me desdenas.... si mi alma te adora,
y un cerco de estrellas ciñera á tu sien?
Palacios, jardines y fuentes tendrias;
y fueras princesa, sultana y hurí;
sumisos esclavos á tus piés verias;
¡si tú me adorases cual yo te amo á tí!

Aquí llegaba la cancion, cuando Zoraida dió un grito de terror y se preparaba á huir, mas en este momento la figura de Ali-Hassem se dibujó en el borde de la azotea y adelantó algunos pasos hácia la jóven....

Esta temblaba....

Ali-Hassem la cogió de la mano, diciendo:

—Pero ¿por qué huyes de mí? ¿Qué te he hecho yo, Zoraida?

—¡Ah! Dejadme....

—Pero.... si yo te amo....

—No quiero vuestro amor, le desprecio.

Exclamó ella entonces con resolucion.

—Óyeme....

—Por Aláh os ruego, que me dejéis sola.

—Zoraida, ¿conoces estos claveles?....

Dijo Ali-Hassem mostrando los claveles rojos.

—¡Los míos!....

La jóven se los arrebató.... Sus ojos cobraron nue-

va vida.... sus labios volvieron á colorarse, y sus miembros adquirieron valor.

Ali-Hassem se preparaba á recuperarlos, pero Zoraida corrió precipitadamente, y desapareció por la escalera que daba á las habitaciones.

Ali-Hassem temió ser visto al hallarse sólo, y maldiciendo de su suerte se dirigió hácia el sitio de la azotea en que dejó suspendida una escala.

XV.

La venganza.

¿Y Almanzor?

Almanzor, apenas se vió libre, se dirigió en medio de la oscuridad hácia el jardin de su amada.

Poco despues, como ya hemos dicho, las nubes se disipaban y el cielo quedaba límpido y sereno.

Al llegar á la casa, vió á Ali-Hassem subir á la azotea donde estaba Zoraida; movido por los celos dió la vuelta al edificio en busca de la escala por donde su rival habia subido, y no la halló.

Como Ali-Hassem subió precipitado, en uno de los balances consiguientes, cayó la escala al suelo; pero Almanzor creyó que aquel la habia recogido al subir; cuando Ali-Hassem quiso bajar, despues de la escena de *los claveles*, tambien se encontró sin escala, y creyó que alguno la habria quitado. Por lo tanto, Ali-Hassem quedó en la azotea sin poder bajar.

La luna brilla con todo su esplendor.

Las estrellas rielan bordando caprichosamente el firmamento.

Las brisas fenecen entre las brisas....

Y la calma reina por do quiera.

El rumor de alguna escondida fuente se oye lejano.

El misterioso murmullo de las ramas, acompaña levemente al nocturno cantor de los bosques.

El viento trae confusos rumores de la cercana ciudad, de la oriental Granada, que parece cisne que recoge sus alas para entregarse al sueño.

Los dos rios que cruzan el valle se deslizan blandamente, cantando con mil armonías indefinibles la encantadora noche que en torno impera....

Batallan en la mente de Almanzor dos ideas: la de su amor; la de la venganza.

Decídese por esta última, y exclama:

—¿Para qué más detencion si al fin ha de ser?

Almanzor, como hemos dicho, era sumamente celoso. El pensamiento de una traicion por parte de Zoraida confundió al punto su mente.

En un momento llenó un hueco de la tapia de paja, yerba seca y troncos, que halló en el jardin, y dijo despues mirando cuanto le rodeaba:

—¡Cuántas veces en este sitio escuché de sus labios aquel te adoro que llenaba de dicha mi corazon! ¡Aquí me dió, como prenda de amor, unos *claveles rojos*!.... ¡Y la pérdida me engañaba! ¡Ha dado su corazon á otro hombre! ¡Eran viento las palabras de amor que pronunciaba!.... Por tí vivia en la tierra, por tí creia.... por tí amaba: ahora que ni aun tú me quedas, ¿qué me espera en el mundo, sino amo, sino creo, sino vivo?....

Una nube de fuego y sangre cruzaba luego por su mente.

Pero es preciso, sí: esa casa va á ser presa de las llamas: desaparezca cuanto ántes de mis ojos.... Quizá ahora esté gozando en su traicion con mi rival.... Sed de venganza me devora; el despecho no cabe en mi corazon. Mi alma ya no tiene lisongeras esperanzas.... Húndase todo, y entre los escombros perezca yo tambien....

Y la desesperacion en ardientes rayos iluminó su mente, y lanzóse como hambriento tigre herido de una flecha á incendiar el edificio.

No han pasado diez minutos.

Lenguas de fuego se levantan voraces sobre los cuatro ángulos de la casa de Zoraida.

Las paredes crujen, abriéndose en grietas.

Se quiebran las vigas.

Al poco tiempo se unen los fuegos de las esquinas, coronando de rojiza llama la parte alta del edificio.

Densos remolinos de humo oscurecen el firmamento, y vuelan á ocultar la claridad de la luna, que se abre paso con su luz magestuosa por la oscurecida atmósfera.

El Darro refleja las llamas en su corriente.

El ruido se aumenta, y el incendio se apodera por completo de la casa.

Paredes, suelos, adornos, muebles, colgaduras.... todo se confunde.... todo rueda con estrépito á sepultarse en los ardientes abismos del fuego.

Ya no se ve la luz de la luna, ni el fulgor de las estrellas; y espesa capa de sofocante humo envuelve y cubre hasta gran altura los cercanos parajes.

En esto, se perciben ahogados gritos, que se apagan por momentos.... Son de una hermosa jóven que permanece agarrada á un trozo de pared que va á ser presa del incendio, haciendo fuerzas por no caer al abismo.

Varios gritos se escuchan tambien entre los montones de ruinas. Eran de varios moribundos; entre ellos Ali-Hassem.

La jóven hacia esfuerzos por sostenerse; y entre una nube de humo apareció Almanzor, que lanzándose hácia ella como un leon de Sahara se arroja en los desiertos sobre su presa, exclamando:

—¡Zoraida!

—¡Almanzor, yo te amo; no te olvides de mí!

Dijo ella, echando hácia el sitio en que estaba Almanzor los claveles rojos; y rodó al precipicio con la viga á que estaba agarrada.

Poco despues volvió á reinar el mismo silencio que ántes.

Hay cielo sereno, luna que brilla, arroyos que murmuran.

Sólo una casa falta.

Mas en su lugar queda un monton de ennegrecidas piedras.

CAPÍTULO ÚLTIMO.

El alma herida.

Cuando el alba asomaba vertiendo flores y esparciendo aromas, por las puertas del Oriente, un hombre, ajeno á los placeres de la mañana, permanecía sentado sobre unas ruinas.

Almanzor, sobre la que fué casa de Zoraida.

El jóven mira unos claveles rojos que tiene en su mano, y de vez en cuando los cubre de besos... Otras veces de lágrimas...

Luego dice:

—¡Almanzor, yo te amo, no te olvides de mí! aun parece que le escuchan mis oídos... ¡Y yo, necio, que dudaba de su amor!...

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y permaneció despues en profundo éxtasis.

En sus mejillas se veian señales de haber llorado durante la noche... Sus manos temblaban... Sus ojos estaban bañados de lágrimas...

El día avanza.

Es ya la hora en que los habitantes de la ciudad abandonan sus lechos.

Almanzor, como un hombre que recuerda un juramento, levanta repentinamente la cabeza, pónese en pié y exclama con voz trémula:

—¡Adios todo!... ¡Vosotros, queridos claveles, sereis mi único consuelo!... ¡No merezco vivir entre los hombres; váime al desierto á estar entre las fieras!

Dirigió una mirada á la ciudad, otra al sitio en que habia estado sentado... y partió á los arenales del Africa.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

EL DRAMA DE LA VIDA.

Este mundo es un teatro
do todo vicho viviente
representa su papel
bien ó mal, segun lo entiende.

Es nuestra vida un gran drama,
y segun un sábio célebre,
este drama se compone
de los siete actos siguientes:

En el primero, el mortal
tierna criatura aparece.....
entonces débil se agita,
llora, mama, gime y duerme.

En el segundo es muchacho,
juega con los de su especie,
vá pesaroso á la escuela
y es aplicado, ó rebelde.

En el tercero, ya es pollo,
presuntuoso é imberbe,
que sueña con el amor
y enamora á lo cadete.

En el cuarto ya se afeita,
no reflexiona ni teme
y por buscar nombre y gloria
en mil peligros se mete.

En el quinto es todo un hombre,
la ambicion le enorgullece,
y por conseguir riquezas
especula, compra y vende.

En el sexto la vejez
muy egoista le vuelve,
algo gruñon y entusiasta
de la edad de sus placeres.

En el séptimo es decrepito
y envuelto en paños y pieles,
sin oido, sin memoria,
sin pelo, vista ni dientes.....

Y este es el acto final
del drama, segun se advierte,
pues cae un telon de piedra
y el gran intermedio viene.

PEDRO FRANCISCO REYMUNDO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

D. Luis de Escobedo.

(Continuacion.)

Estos ejemplos son característicos, y si bien no tienen aquí su lugar, sirven para dar idea del personaje con quien habia de luchar algun día el desdichado Escobedo y más tarde el mismo desventurado Perez. Riguroso en la ejecucion de sus proyectos, justo en la dispensacion de sus favores, Felipe II habia montado su múltiple y complicada administracion de mejor manera que los reyes más aventajados de su siglo. Poco espléndido y lujoso en su persona, gustaba de hacer limosnas abundantes y dedicar sumas considerables á establecimientos de beneficencia pública. Liberal con sus servidores, no escaseaba medio para que sus vireyes, embajadores y generales, le representasen dignamente en las córtes extranjeras.—El duque de Sessa, gobernador de Milan y capitán general del ejército de Italia, era nieto de Gonzalo de Córdoba y grande de Castilla. Su magnificencia y liberalidad llegaban á tal punta, que consumió en pocos años cien mil escudos de renta que le dejó su abuelo en vasallos y villas del reino de Nápoles. Así al llegar á la vejez, vióse en graves apuros; y el monarca, despues de ventilar este negocio en Consejo de Estado, le señaló dos mil escudos de socorro para su plato al mes, aunque secretamente, por la calidad y linage del pensionado. Antonio Perez recibió comision de enviárselos en oro á la cama cuando estuviese á solas, sin poder darle cada vez mas de una mesada, porque el duque era hombre de regalar todo cuanto tenia en la liberalidad de su generoso carácter.

Felipe II era sinceramente religioso: por educacion y convencimiento amaba las creencias de sus padres, dando á sus pueblos el ejemplo de la devocion; no sacrificaba sin embargo á un fanatismo ciego la conveniencia del Estado. Así se le vé en sus desavenencias con Su Santidad, ordenar al duque de Alba, por medio de un billete autógrafo, la entrada en el territorio pontificio, marchando en caso necesario sobre Roma, á pesar de las censuras de la iglesia. Así se le vé tener á raya las pretensiones del clero; y si bien protejió el poder de la inquisicion, como escelente medio de gobierno en sus circunstancias y en su siglo, al arreglar la legislacion de América tuvo en cuenta la ignorancia de los indios cristianos eximiéndolos espresamente del poder inquisitorial. Ni favorecia tampoco demasiado el desarrollo del elemento religioso, ni su preponderancia sobre el principio civil. En vez de ayudar con su poder á la propagacion de las órdenes regulares, estorbó frecuentemente sus establecimientos en el reino. No dejó entrar en Castilla á los capuchinos, y, ejemplo único en su linaje, murió sin dejar á los

jesuitas muestra de su liberalidad. Declamando con frecuencia contra la gran muchedumbre de religiones y el aumento de tantas órdenes, decia que lo único conveniente era reducir las nuevas y antiguas y mantenerlas en toda la integridad de su institucion, pues al paso que marchaba la época, era de temer que abundase el mundo mas en religiones que en piedad.

Superior á casi todos los magnates de su siglo y á Antonio Perez que, á pesar de su inmensa ilustracion y de su claro talento, consultaba á los astrólogos y tenia un tanto de fé en sus agüeros. Felipe II despreciaba la astrología, dudaba de la magia, y condenaba públicamente la adivinacion y los pronósticos. «Los secretos del porvenir, decia, están cerrados para la miseria del hombre: estos temerarios juicios quieren prevenir el de Dios.»

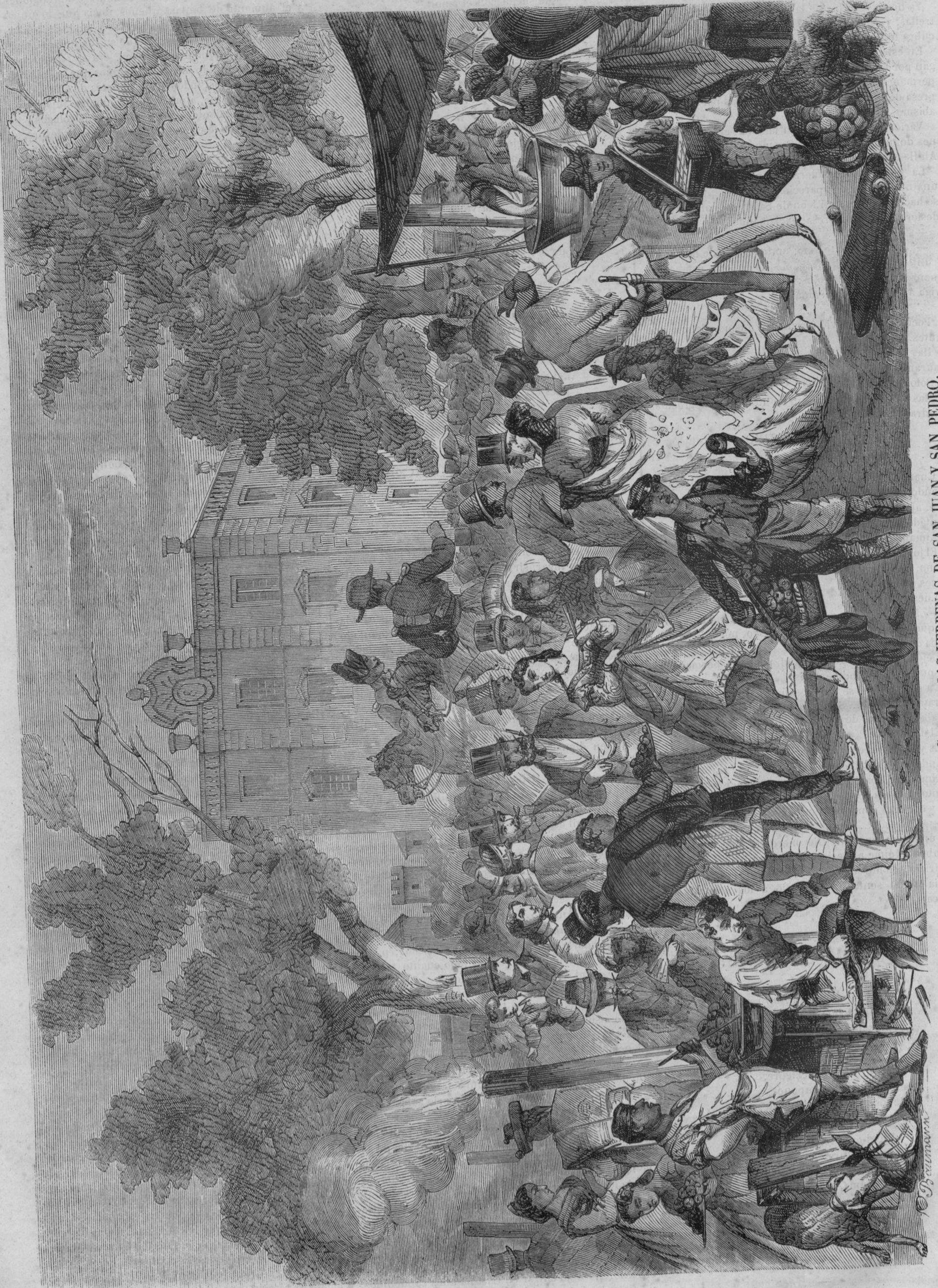
Si bien naturalmente altivo y severo, disimulaba las ofensas que no queria castigar, sin hablar jamás de ellas; pues solia decir que en tales ocasiones es el sumo saber hacerse el desentido.

Con semejante carácter, dominaba Felipe II y tenia á raya á sus más ambiciosos cortesanos. Profesábanle un respeto temeroso sus palaciegos, temblando ante su presencia. Pero afable é indulgente á veces en la vida privada, era nimio y severo en demasia al tratar con sus agentes los negocios públicos. Felipe II se ocupaba con estremada atencion de los cuidados del gobierno. Las enseñanzas de la historia, los ejemplos contemporáneos y los profundos consejos de su padre, habian dado á su carácter desde sus primeros años abundante fondo de madurez y de esperiencia. Basta leer las instrucciones que comunicaba á sus embajadores para convencerse de la reflexion, estudio y sagacidad política que presidian en todos sus pasos. Instruido, como ninguno de sus consejeros, en la administracion y recursos de la monarquía, enderezaba por sí solo el timon del Estado, enseñando frecuentemente á sus ministros el modo de despachar con rapidez y aprovechamiento.

Arreglaba bajo una planta cómoda y conveniente los negocios de sus secretarios, dando á cada uno lo que podia fácilmente desempeñar. Como gobernaba por sí mismo, necesitaba agentes instruidos que ejecutasen con inteligencia sus mandatos; así daba entretenimientos y sueldos á los oficiales de capacidad, á los jóvenes que se distinguian en cualquier carrera, honrándoles y haciéndoles merced con el objeto de tenerlos á su lado y formar un plantel de ministros para en adelante. Cuidadoso de recompensar el mérito y de distinguir á los hábiles, mandó á su secretario de cámara, Juan Vazquez de Salazar, formar una relacion de todos los que sirvieron ministerios desde los tiempos de Fernando V. Pocas veces empleó á los grandes de España en elevados puestos, acostumbrando á decir que nada era el talento sin el estudio, y llamando á las secretarías seminarios de los hombres de Estado.

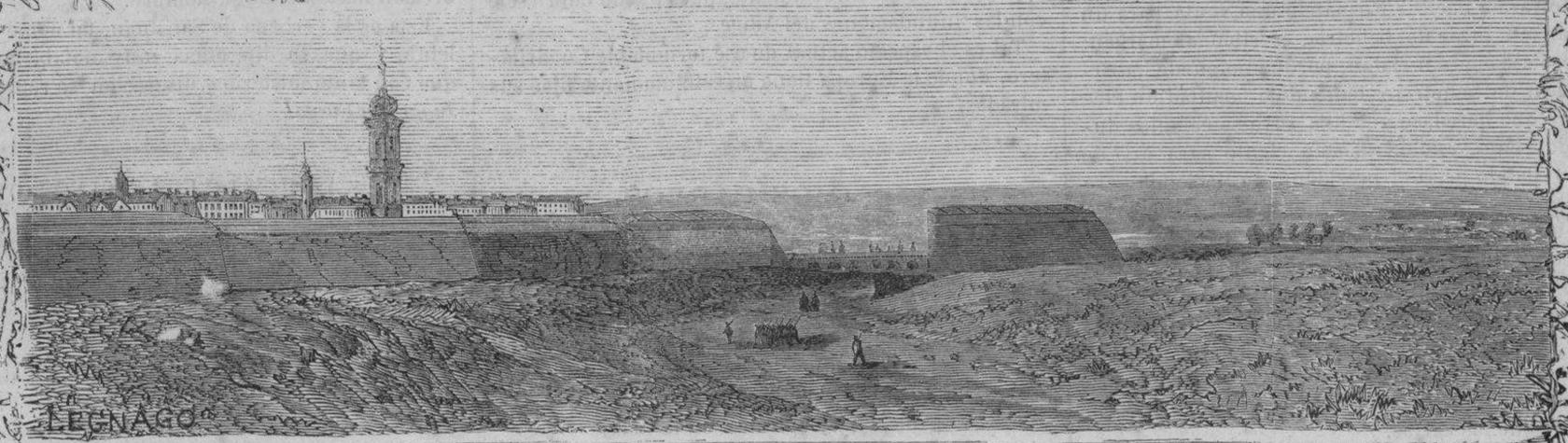
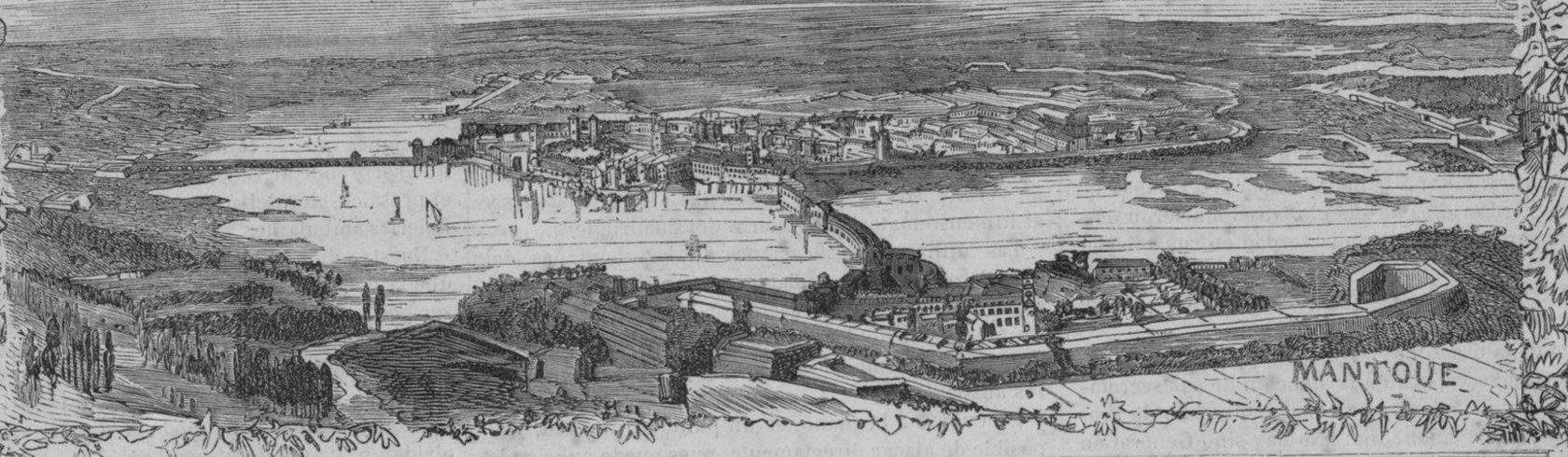
Prudente y cuidadoso en el despacho de los asuntos, examinaba el rey por sí mismo los papeles antes de poner la firma. Gustábale proceder con orden y método en la administracion, para aliviar su peso y facilitar la buena inteligencia. Amigo de la claridad, devolvía una instruccion cuando un período confuso podia perjudicar á su efecto. Fuerte en conocimientos gramaticales, no disimulaba las faltas en el estilo, llegando al extremo de hacer copiar tres veces á un ministro una misma carta, por hallar faltas de ortografía, y de despedir á otro porque no apuntaba bien. Enterado de todo por los personajes de su corte, conservaba en su memoria las circunstancias más indiferentes de un asunto intrincado: sus secretarios, antes de negociar con él, estudiaban y examinaban las materias en cuestion, como si á confesar fueran.

Naturalmente reservado, holgaba sin embargo le confiasen sus servidores todo cuanto el vulgo decia, todo cuanto á la pública utilidad tocaba, sin respeto al favor ni al poder: así peligraron en su reinado muchas alturas. El secreto era el alma de sus designios; todos sus ministros y cortesanos cuidaban de guardar silencio sobre lo que llegaba á su noticia, sabiendo que la indiscrecion era un defecto imperdonable para el rey. Así los embajadores extranjeros vivian en Madrid sin entender nunca la política española.—Jamás vendía él tampoco lo que le confiaban: todos los cortesanos iban á contarle cuanto sabian acerca de sus mas poderosos consejeros, seguros de que el origen de sus noticias no transpiraría jamás. Y de tal modo amaba la reserva, que era parté para alcanzar su favor y tener más lugar en el gobierno, imitar la discreta



COSTUMBRES ESPAÑOLAS.—LAS VERBENAS DE SAN JUAN Y SAN PEDRO.

10 P. G. M. W. W.



EL CUADRILÁTERO AUSTRIACO.

conducta del monarca. El presidente de órdenes reveló en una ocasión á la reina Doña Ana lo que había dispuesto en un testamento que otorgó en Badajoz durante su peligrosa enfermedad. Súpolo el rey: llamólo á su presencia, y tan áspera fué la reprensión que le dió por su conducta, que el infeliz se retiró á su casa y perdió la vida. «Los designios de los reyes, decía Felipe, deben abrasar la garganta del que los revela: si se dejan discutir por el vulgo las causas de proveer, de castigar, dar y pedir, espondriase á la censura la autoridad que manda, y supondriáse flacos fundamentos á las mas hidalgas resoluciones.»

Para que sus designios no pudiesen divulgarse, tenía tal cuidado con los papeles de su mesa, que hasta advertía el orden con que los dejaba. Negociando un día con Mateo Vazquez, vió desde otra pieza que un ayuda de cámara le hojeaba para buscar una consulta sobre un negocio suyo, y, dirigiéndose á un gentil-hombre, le dijo: «Decid á aquel que no le mando cortar la cabeza por los servicios de su tío Sebastian de Santoyo que me le dió.» Pero lo que no podía sufrir era la mentira: faltar á la fidelidad ó á la legalidad no esperaba perdón. Dos de sus ministros murieron desterrados por haber ocultado la verdad en sus relaciones. No daba gran valor á las palabras; pero atendía mucho á la intención, al pensamiento de sus consejeros.

Amigo de la exactitud, advertía con indulgencia leves faltas que escapaban á la atención de sus secretarios. Llevándole á firmar una carta con título de Provincial de una religión, dijo: «No hay sino General en ella, vuélvase á hacer.» Firmando una venta para un D. N. de un lugar de behetría, escribió al márgen: «vuélvase á hacer sin el don, porque no puede haberlo en lugar de behetría.» Pidiéndole facultad un clérigo para que heredase una hija suya setecientos ducados de renta, anotó: «Bastan ciento para hija de clérigo.» Dando prisa el presidente de Hacienda para que le enviase una cuenta importante, y alegando aquél que podía venir cerrada, le respondió: «No importa, como venga cierta.» Estos detalles casi insignificantes, dan una idea de la minuciosidad y atención de su despacho. Lo que escribía era incalculable: casi todas las consultas iban anotadas de su puño. Cuidadoso de la cortesía y decoro en las relaciones entre príncipes, frecuentemente daba en elegante estilo los borradores de las cartas.

No cansándose jamás, trabajaba mas que ningún ministro en la expedición de los negocios. Perpetuamente asistía á los despachos, y cuando iba de camino, llevaba su bolsa de papeles en cuyo exámen se entretenía en vez de descansar. Con lo que por sí mismo decretaba en dos horas, ocupaba á todos sus tribunales y secretarios, leyendo luego todo cuanto le presentaban y acordándose de todo cuanto había leído. Presidía rara vez los Consejos, aunque se hacía referir cuanto había pasado; porque una de las mas eficaces advertencias del emperador, le recomendaba la ausencia de las sesiones de los cuerpos colegiados, como el mejor medio de dejarles libertad en la discusión y en el acuerdo.

Tal era en sus designios y en su carácter, tal era en su despacho y en su política el rey Felipe II. Superior en talento y energía, en experiencia y conocimientos á los más hábiles magnates de España, ni le arredraba el temor, ni le engañaban las lisonjas. Un soplo suyo derribaba de repente en el polvo á los más encumbrados palaciegos y los que les juzgaban distraído caían pronto víctimas de su error. Antonio Perez, joven, sagaz y flexible, se elevó á la más alta posición en el favor del rey: secretario de Estado, protonotario luego de Sicilia, con participación en los negocios de Italia y agente de los proyectos ocultos de Felipe, era, por decirlo así, el ministro universal del reino. Todo iba á parar á sus manos, y al lado del monarca parecía inalterable su fortuna. Mientras que descansaba el favorito en su orgullo, preparábanse á estallar dos acontecimientos, sin relaciones en apariencia, unidos en realidad, que, pretexto público, causa secreta, crimen al par que error, habían de enlazarse íntimamente para minar el alcázar de su privanza.

(Se continuará.)

EL CUADRILÁTERO.

Hasta hoy no se había dibujado jamás completamente el famoso Cuadrilátero austriaco. La desconfianza del Austria, cuyos soldados no permiten á los que le

visitan tomar apuntes bien de cerca ó de lejos de las fortificaciones, lo impedia.

Conociáanse algunas vistas de Verona y de Mántua; pero en cuanto á Légnano y á Peschiera, permanecían envueltas en el más profundo misterio.

Gracias al hábil dibujante Clerget, y á su habilidad y su astucia, el encanto está roto, y podemos presentar á nuestros lectores en artístico enlace las cuatro plazas del tan decantado Cuadrilátero.

Mántua cuenta 30.000 almas de población. Su fortaleza está descrita diciendo que en ella puede el agua desempeñar el mismo papel que representó el fuego en Moscou en 1812. Encierra una guarnición de 40.000 hombres, y provisiones para ocho meses. Dos lagos la ponen al abrigo de un bombardeo, y dos zonas de inundación la garantizan de un asalto.

Verona tiene 60.000 habitantes, y está defendida por cerca de setecientas piezas de artillería. Es la llave del Frioul y del Tyrol, y pasa por delante de ella el Adige, muy difícil de vadear por la rapidez de su curso. Las torres Maximilianas dominan las alturas de Verona, sirviendo de almacenes á las provisiones y al inmenso material de guerra del Cuadrilátero.

Las últimas ramificaciones de las montañas del Frioul y de los montes Baldo, vienen á morir á Lonato, á Desenzano y á Peschiera, situadas al Este, al Oeste y al Sur del lago de Garde. Peschiera está colocada á la extremidad del lago, y protege las cañoneras austriacas.

En cuanto á Légnano, es un punto estratégico, imposible de atacar directamente, pues puede cubrirse con las inundaciones del Adige.

Tal es el aspecto actual de ese formidable Cuadrilátero, donde la Europa tiene en este momento fijadas sus miradas.

LOS OJOS PARDOS.

A***

Unos ojos azules enamoran
si tienen del pudor el casto velo;
unos ojos azules atesoran
la dulzura purísima del cielo.

¡Niñas de ojos azules! en la tierra
ángeles sois que viven en prisiones;
mas ¡ay! vuestra mirada nunca encierra
el fuego juvenil de las pasiones.

Tienen los ojos negros la energía
de rudos y violentos huracanes,
tienen la hirviente lluvia que rocía
el soplo destructor de los volcanes.

¡Mujeres de ojos negros! en la tierra
sembrando vais afanes y desvelos;
mas ¡ay! vuestra mirada nunca encierra
la cándida pureza de los cielos.

En tus ojos se copian por ventura
el lago cristalino y el torrente;
tienen de los azules la dulzura
y de los negros la mirada ardiente.

Son la sombra y la luz que débil arde
cuando la noche, con su aliento frío,
adormece las brisas de la tarde
y las flores esmalta con rocío.

Son el cisne que trémulo suspira
canciones que robó á los serafines;
son la bella bacante que delira
sediada de placeres y festines.

Son negros, son azules; con luz pura
vierten en los dormidos corazones,
de los cielos la cándida dulzura
y el fuego juvenil de las pasiones.

PEDRO MARIA BARRERA.

Abril, 1866.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

LAS VERBENAS DE SAN JUAN Y SAN PEDRO.

El grabado que con este título ofrecemos á nuestros lectores, representa la más histórica y popular de las verbenas; costumbre cuyo origen primitivo se pierde en la noche de los tiempos.

Por más que los adelantos modernos, y el modo de sér de la sociedad de hoy, hayan cambiado el carác-

ter de estas antiguas fiestas, la verbena de San Juan se conserva, sobre todo en los pueblos, en todo su vigor, dando origen á supersticiones que no son peligrosas en fuerza de ser inocentes.

En Andalucía, sobre todo, al dar las doce de la noche de la víspera de San Juan, los mozos y mozas del pueblo corren frenéticos hácia las fuentes á lavarse la cara; con lo cual, según la tradición, están seguros de casarse dentro del año. No hay para qué decir que el número de las mozas es siempre muy superior al de los mozos.

En Madrid las verbenas han perdido casi por completo su carácter popular, reduciéndose hoy á una especie de feria nocturna, que se establece en el Prado, donde lo que más abunda son los artículos de consumo, y donde se pasea la gente, que sólo busca en la verbena un pretexto para tomar el fresco. Sin embargo, la animación y alegría del pueblo bajo; los bailes campestres que se improvisan; las picarescas canciones que se cantan le dan un aspecto original, que sorprende al viajero casi tanto como le incomoda el prosaico olor del aceite que despiden las cien buñolerías ambulantes.

Nuestro dibujante ha reproducido el momento en que la fiesta se halla en su mayor apogeo, que suele ser poco después de la media noche. Antes esta verbena solía prolongarse hasta el infinito; pero hoy, apenas comienza á amanecer, sólo quedan en ella los rezagados, los que no tienen casa ni hogar, y los que han solemnizado de tal modo el día del santo que se olvidan hasta del de su nombre.

Esta es la verbena de San Juan, tal como hoy se celebra, y que se diferencia muy notablemente de la que con tanto misterio y discreción se representa en *Jugar con Fuego*.

EL REY DE LOS GITANOS (1)

POR EL VIZCONDE PONSON DU TERRAIL.

VERSION CASTELLANA.

PRÓLOGO.

Los tesoros del Dios Sivah.

Un rayo de blanca luz se dibujaba en el Oriente; las estrellas comenzaban á palidecer.

Era la terminación de una de esas bellísimas noches de estío, de cuyo encanto únicamente la India posee el secreto.

Al Occidente el cielo permanecía aun velado con negras tintas, pero constelado de oro y púrpura. Por Oriente los primeros albores de la mañana descendían poco á poco sobre la inmensa y azulada sábana formada por el Océano Indico.

Entre Oriente y Occidente, y recostada en la falda de un promontorio, como una diosa de la antigüedad á su salida del baño, aparece una ciudad blanca y coqueta, con sus techos formando terrazas y rodeada de preciosos y embalsamados jardines. Es Calcuta.

Calcuta, la capital de aquella maravillosa comarca; fecunda como una matrona romana é hija de ese mundo extraño, cuyos cuentos árabes y fantásticos no son más que una pálida copia, un reflejo sin calor, de lo que verdaderamente es y de lo que de justicia se merece Calcuta, la ciudad de los prodigios y de los encantos, que la incuria del gabinete de Versalles y las vergonzosas mezquindades de la política francesa habían entregado á los ingleses en 1757.

A la hora en que empezamos nuestra narración, un hombre á caballo seguía el camino que conduce de Dhandernagor á Calcuta. El caballo parecía bastante cansado y el jinete dormitaba sobre su cabalgadura. Sin embargo, su sueño era tan ligero, que se despertó á los primeros rayos de la aurora, y paseando su mirada investigadora sobre el paisaje que le rodeaba, descubrió á lo lejos las blancas murallas de Calcuta, que parecían limitar el horizonte.

—Perfectamente, Sir Roberto Walden, mi querido amigo, se dijo entonces; teneis verdaderamente el sueño duro; cosa por otra parte muy natural en quien ha cazado la zorra en el Yorkshire, durante cinco días y seis noches. Habeis hecho tres leguas dormitando,

(1) La extraordinaria aceptación que ha merecido en Francia la preciosa é interesante novela que lleva este título, y de la cual se han agotado cuatro ediciones en muy pocos meses, nos ha decidido á publicarla en obsequio de nuestros amables y consecuentes suscritores.

lo cual siempre es un bien, porque el sueño es una manera ingeniosa de suprimir el tiempo, mucho más si á esto se agrega la impaciencia del hombre que corre en busca de un enemigo.

El caballero que acaba de recitar este monólogo, era un hombre de treinta años próximamente, rubio, de ojos azules, perfil aguileño y expresiva fisonomía; un verdadero aristócrata por su porte; un viajero cosmopolita que pasaba en Londres por el más excéntrico de los hijos de familia.

Sir Roberto Walden pretendía descender de Guillermo de Normandía, conocido por el Conquistador; y probaba ser cierta su pretension, consultando su árbol genealógico. Poseía quince mil libras esterlinas de renta, y las gastaba espléndidamente, sin economizar ni siquiera un *schelin*.

Se le encontraba siempre en Londres durante la estación de los calores, y en la India mientras duraba el rigor del invierno. Había escalado más de una vez la cima de las cordilleras, cazado el oso en Rusia, y el león en los desiertos de Sahara. No se le conocía querida, amigos ni enemigos; y los que hubiesen escuchado las palabras que acababa de pronunciar, habrían quedado altamente sorprendidos, sobre todo, si hubiesen oído la continuación.

—Un caballero de raza normanda, murmuró entre dientes y acariciando con la mano las blancas y plateadas crines de su caballo, no debe tener más que una palabra, y yo he dado la mía á la bella cuanto desgraciada lady Cecily, á la esposa de ese bruto de lord Asburthton, gobernador de las Indias, de librarla de su infame cuñado Sir Jak Asburthton, el jorobado mal-dito.

Sir Jak ha debido llegar á Calcuta, portador de la noticia de la muerte del pequeño Lionel, hijo menor de lady Cecily; pero yo he recibido en el mismo día una carta de aquella pobre señora, con ciertas instrucciones, y héme ya en campaña.....

Al pronunciar estas últimas palabras, Sir Roberto se sonrió de una manera extraña; y en su pupila, de un azul claro y límpido, brilló un relámpago de cólera. Como el camino que seguía proyectaba un recodo, al dar la vuelta, observó delante de sí un grupo negro que se movía de un lado á otro.

La oscuridad era aun grande; sin embargo, un hombre que ha subido hasta las cordilleras, tiene la vista penetrante, y Sir Roberto distinguió bien pronto dos hombres que caminaban lentamente, uno de los cuales llevaba un fardo sobre las espaldas.

De vez en cuando aquellos hombres se volvían, pareciendo explorar con la mirada el camino que acababan de recorrer.

—Esas pobres gentes, dijo Sir Roberto, tal vez tienen necesidad de mis auxilios, y espoleó á su caballo con la más caritativa intención.

Cuando se halló ya cerca del grupo, examinó con alguna más atención á los individuos que lo componían. El uno era ya de edad madura, precisamente el que llevaba el fardo; pequeño, delgado y nervudo; su tez era bronceada, pero no con los tonos calientes y marcados que produce en los indígenas el sol abrasador de la India.

Sir Roberto reconoció en el citado individuo un *zingari*, es decir, un gitano. Sabido es, que estas gentes no tienen patria, y que marchan errantes por el universo, eligiendo con preferencia para su estancia, más ó menos prolongada, las grandes ciudades.

Dos años antes, el rey Jorge III había hecho una verdadera leva con los bohemios que populaban en Londres, y los había embarcado para la India.

El compañero del hombre del fardo era un muchacho de catorce á quince años, pero alto, admirablemente bien formado y de una belleza enérgica, bajo su tez cobriza. Un pañuelo listado de vivos colores cubría su cabeza, y unos largos pendientes de oro y piedras falsas brillaban en la estension de sus tersas y frescas mejillas.

El fardo que sustentaba el más viejo, era una encantadora niña de cuatro años, blanca como el lirio del valle, y cuya angelical fisonomía se hallaba rodeada con profusion de relucientes y negros cabellos.

Cuando Sir Roberto Waldeu se halló cerca del grupo, pudo oír algunas palabras cambiadas rápidamente entre aquellos dos hombres.

—Positivamente estoy ya muy cansado, decía el más viejo, y si ese caballero que viene detrás quisiera llevar á la grupa de su caballo y hasta las puertas de la ciudad á mi hija, mucho se lo agradecería.

—Calla, contestó el joven; nunca dejarás de ser un

mendigo cobarde y sin corazón. Dame á Topsy y yo la llevaré en brazos hasta donde quieras, sin tener necesidad de pedir favor á nadie.

Pero Sir Roberto, que marchaba detrás y á una corta distancia, interpellando entonces al joven:

—Hola, hola, señor gallito, le dijo: según parece tenemos orgullo.

El joven se volvió rápidamente, y sostuvo con calma y singular entereza la mirada del caballero, en tanto que el más viejo se deshacía en genuflexiones y cortesías.

—Si soy orgulloso, dijo el primero, es porque tengo derecho á serlo; y ya se disponía á continuar su camino, cuando Sir Roberto lo detuvo con un gesto.

—Joven, le contestó; tu altivez me agrada, y voy á contestarte de muy distinta manera de lo que tú presumes; ni soy oficial del rey Jorge, ni mucho menos miembro del Parlamento inglés, que tan inhumanamente arrojó de Londres á los de tu raza; en su consecuencia, harías mal en rehusar un servicio ofrecido con buena voluntad. Tu compañero está muy cansado, que me dé su hija, y yo la llevaré sobre el arzon de la silla y en mis brazos hasta donde quiera.

Sir Roberto hablaba con franqueza y su acento lleno de ingenuidad.

El joven, que marchaba descalzo, con una mala escopeta al hombro y un puñal en la cintura, se reconoció vencido por este acto generoso, y no se atrevió á desplegar sus labios.

La pobre niña, rendida por el cansancio y con los ojos entreabiertos, efecto del sueño con que luchaba hacia tiempo, miraba con curiosidad infantil al generoso caballero y su hermoso caballo blanco.

—Vamos, dijo Sir Roberto á aquel á quien el joven había designado con el nombre de Nathaniel; dame tu hija, y dime dónde debo dejarla en Calcuta.

Nathaniel miró á la niña, y la dijo en inglés:

—¿Quieres ir con su señoría?

—Sí, contestó aquella vivamente.

Sir Roberto extendió entonces el brazo, y suspendiéndola en el aire, la colocó sobre la perilla de la silla, haciendo que reclinara su cabeza sobre su pecho y brazo izquierdo, para que fuera más cómoda.

Nathaniel dijo entonces:

—¡Que Dios asista y proteja á todos aquellos que vienen en auxilio del pobre! Si su señoría tiene la bondad de depositar á la niña en el arrabal de Calcuta y en el *Schoultry de Brahmane*, yo la recogeré cuando llegue.

—¿Y qué es el *Schoultry de Brahmane*? preguntó Sir Roberto.

—Es una taberna, propiedad de un sacerdote indio. Como los ingleses han destruido el templo, y por consecuencia arruinado su profesion, noteniendo ya ídolo á quien servir, el pobre hombre se ha hecho tabernero.

Sir Roberto se echó á reír.

—Adios, le dijo al viejo; en el *Schoultry* encontrarás á tu hija. Y picando espuelas al caballo, partió al galope, dejando á los dos gitanos que continuasen á pié su camino.

—Hiciste mal, Nathaniel, dijo entonces el más joven, en confiar tu hija á ese caballero.

—¿Y por qué?

—En primer lugar, porque los ingleses son nuestros más encarnizados enemigos.

—Razon mejor para servirse uno de ellos.

—En segundo lugar, porque esas gentes que roban, saquean y se hacen dueños de villas y lugares, poco les importaría robar niños, si bien les parecía.

Nathaniel no pudo contener su hilaridad y soltó una atronadora carcajada.

—¡Por los cuernos de Satán! dijo; si ese caballero quisiera encargarse de Topsy y adoptarla, me prestaría un inmenso servicio.

—¿Cómo! ¿Serías capaz de abandonar á tu hija?

—¡Vaya! Una pícara chica que no hace más que llorar de la mañana á la noche, que me veo precisado á cargar siempre con ella desde que murió su madre, y que me estorba extraordinariamente para mi comercio... ¡Vaya una alhaja de niña! Además, tú no sabes que ayer trató de ahorcar á mi pobre *Mika*, á esta pobrecita que me es tan útil y tan necesaria.

Esto diciendo, Nathaniel sacó del bolsillo un objeto lustroso y de color azafranado; un animal muy parecido á la rata de agua, de ojos pequeños y relucientes, de hocico puntiagudo y que nosotros conocemos con el nombre de hurona montesa, y pasando la mano por el lomo del feroz animal, el gitano añadió:

—Afortunadamente, *Mika* pudo librarse de sus garras y la mordió en la mano; hizo bien.

—Nathaniel, dijo gravemente el joven; un día llegaré en que yo seré rey de los gitanos; no lo olvidéis.

—¿Y bien, y qué?

—Ese día te arrojaré ignominiosamente de la tribu, porque eres un mal padre é indigno de vivir entre nosotros.

—¡Bah! contestó Nathaniel riendo; si yo no tengo las cualidades de un jefe de familia, poseo otras que no son despreciables; y este pobrecito animal, al que también tú tienes aversion, ha prestado grandes servicios á nuestra tribu.

El joven se encogió de hombros.

—Sí, ya sé, dijo, que *Mika* y tú, es decir, el hombre y ese repugnante animal, habéis sido durante nuestra permanencia en Londres los ladrones de la tribu, desvalijando las tiendas y los almacenes, en cuyo género de industria la has adiestrado; pero en el día nos hallamos en la India, y yo desearía saber.....

—¿Qué es lo que me trae á Calcuta?

—Precisamente.

—Pues bien, no tengo inconveniente en satisfacer tu curiosidad; vengo á Calcuta á ver si las tiendas están tan bien provistas de joyas y de alhajas como las de Londres.

El joven plegó sus labios desdeñosamente, apareciendo en ellos una sonrisa de desprecio.

—¿Y tú? preguntó á su vez Nathaniel.

—Yo llevo otro objeto más grande y elevado.

—¿Y cuál es?

—Es mi secreto; pero para que no me molestes con enojosas preguntas, te diré únicamente que voy en busca de un tesoro.

Los ojos y la boca de Nathaniel se abrieron desmesuradamente.

—¿De un tesoro? dijo; ¿será cierto?

El joven colocó un dedo sobre sus labios y añadió:

—Si lo descubro, si me apodero de él, el último bohemio de nuestra tribu será diez veces más rico que un par de Inglaterra, y ya no tendrás necesidad de valerte, para tus rapiñas, de ese horrible y asqueroso animal.

—Pues si eso se verifica, te prometo que procuraré amar á mi hija.....

—Vuelvo á repetir que eres indigno de consideracion alguna, y si no fuera porque perteneces á nuestra raza y te cuentas en el número de nuestros hermanos, vive el cielo que ya te hubiera castigado como mereces.

En este momento los dos gitanos llegaban á las primeras casas del arrabal oriental de Calcuta.

—Adios, dijo el joven, despidiéndose de su compañero.

—¿A dónde vas, Juan?

—En busca de mi tesoro.

—¿Te volveré á ver en Calcuta?

—Tal vez.

—Adios.

(Se continuará.)

J. BELZA.

A MI MADRE.

Soneto.

Madre mia, á tu lado la existencia pasé con ilusiones encantada, por la senda de flores matizada de la edad infantil de la inocencia.

Tu voz consoladora y tu presencia fueron siempre armonía delicada, que ahuyentaba del alma acongojada el terrible dolor de la esperiencia.

Mas hoy no oigo tu voz, y en mi destino negro cuál de la noche el denso manto, vivo como el errante peregrino.

El alma henchida de mortal quebranto, que oscuro de la vida es el camino si á través, madre, se le ve del llanto.

DAMASO DELGADO LOPEZ.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Con motivo de las ocurrencias porque hemos atravesado estos días, no nos ha sido posible publicar nuestro periódico el domingo. Suplicamos á nuestros apreciables suscritores nos dispensen esta falta, que no ha estado en nuestra mano poder evitar.

Editor responsable, P. A. LAMARTINIÈRE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS, C. de la Cruz, 12, principal

